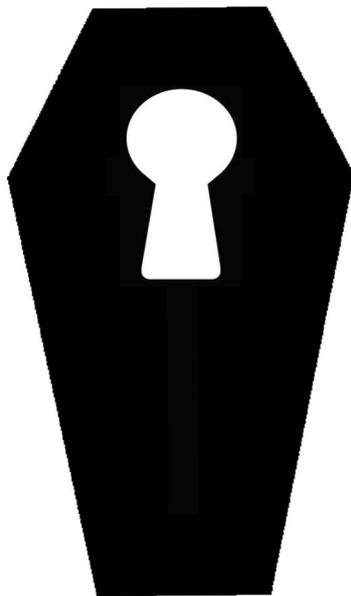


# OCHO MUERTOS



Juako Escaso

El autor permite y alienta la difusión de esta obra siempre que se destine a uso no comercial, se respete la integridad de la misma y se incorpore un enlace a la web original:

[www.juakoescaso.com](http://www.juakoescaso.com)

Ocho muertos

1

# Diario de un hombre muerto

Recuerdo bien la historia de Adam Last. Lo derivaron a nuestro edificio el diez de abril, el mismo día en que se cerró definitivamente el Hospital Norte, considerado como el buque insignia de la sanidad en la capital. Sucedió cinco años después de la denominada Gran Campaña, la iniciativa de vacunaciones masivas que el gobierno desplegó por toda la Unión, al igual que sucedió en las otras tres uniones de países que forman el mapa global; a decir verdad, esos días el mundo entero acometió un gigantesco paso en el ámbito de la salud. Los resultados no se hicieron esperar, y, a lo largo de aquel lustro, los hospitales se fueron vaciando a medida que los pacientes sanaron y los ingresos por enfermedad se redujeron hasta desaparecer. Sobraban habitaciones en todos los centros de salud, hospitales, ambulatorios, clínicas, etc., así que se tomaron medidas para reciclar esos espacios y destinarlos a actividades más necesarias. La emoción era sobrecogedora. No pasaba un solo día sin que los noticiarios hablaran de reencuentros familiares, de asombrosas curaciones, de la erradicación de los cánceres y el SIDA, de la expectativa de vida ilimitada... Todos nos sentíamos eufóricos; verdaderamente fueron momentos memorables.

Tras la sucesión de cierres, el único hospital que aún permanecía abierto era el del Distrito Cuatro, en el cual yo trabajaba como enfermera —hoy el edificio alberga un salón de juegos recreativos y varios restaurantes. Era modesto en comparación con otros de la ciudad, como el Norte o el Este, por poner dos ejemplos, pero tenía el encanto de las cosas pequeñas. Contaba con cinco plantas, de las cuales una se había usado durante años (antes de la Gran Campaña) para albergar a los llamados “terminales” o “desahuciados”, es decir, enfermos en estado crítico y sin posibilidad de recuperación.

Cuando Adam llegó quedaban sólo nueve pacientes en el hospital y mejoraban a buen ritmo gracias a la efectividad del tratamiento, aunque debido a la gravedad de las afecciones que habían padecido —hablo de casos realmente complejos— tardaban unos días más de lo normal en recuperar el vigor y la fuerza; ellos eran la razón de que todavía siguiéramos prestando servicio. Nada más comenzar la primavera del año 2208 éramos la única infraestructura sanitaria que quedaba en la ciudad, en total dos médicos, tres enfermeras y dos auxiliares. No nos sentíamos héroes ni nada parecido

—yo no, al menos—, pero es cierto que obtuvimos cierta relevancia ya que la ciudad al completo, el país, la Unión entera, aguardaban con impaciencia el momento triunfal en que el último paciente recibiera el alta médica. Cientos de fiestas y celebraciones de diversa índole se habían programado para estallar en un multitudinario y simultáneo grito de júbilo que proclamase a los cuatro vientos el triunfo definitivo.

*17 de abril*

*La enfermera ha entrado a las ocho en punto, como es habitual. Ha puesto una sábana limpia en la camilla, me ha dejado la bandeja con el desayuno y después ha comprobado que todos los indicadores del panel estuvieran dentro de los límites adecuados: temperatura, humedad, calidad del aire, etc. Es una mujer eficiente y siempre ofrece una sonrisa, lo cual es de agradecer dadas las circunstancias. Se ha empeñado en que me distraiga leyendo las noticias en el ordenador de la habitación, pero me he negado, no quiero recibir más presión. No quiero saber qué piensan de mí ahí afuera, no me importa. Pronto todo habrá acabado. Cuando ella ha entrado hacía ya un par de horas que estaba despierto y ocupado en mis reflexiones, pues el lapso de tiempo entre las seis y las ocho, justo después del amanecer, me proporciona el máximo de tranquilidad a la que puedo aspirar actualmente. Me ha preguntado si me encontraba mejor y le he respondido que sí, que un poco mejor, aunque ella y yo sabemos que es falso. Me sonrío, sin embargo, y en esa sonrisa percibo su experiencia: sabe que miento y lo respeta. Eso me satisface. Le he preguntado qué tal me ve y me ha dicho que, ciertamente, me ve mejor, que he recuperado el color en las mejillas. Entonces yo también he sonreído. Mentira por mentira, ese es el juego al que jugamos. Le he dado las gracias sinceramente.*

Esta es la primera entrada que pude rescatar del diario de Adam. Lamentablemente, una buena parte de ese diario se perdió tras los actos vandálicos que tuvieron lugar a principios del mes de mayo. Las entradas son casi siempre escuetas y precisas, y sólo en ciertas ocasiones se permite divagar más de lo necesario; aún así, su lectura es indispensable para llegar a comprender lo que sintió en sus últimos días, por eso he decidido incluirlas en este relato de acontecimientos. No me siento mal por haberlo hecho, lo único que lamento es que estas páginas pertenezcan al diario de un hombre muerto y no al de un hombre vivo. Eso es algo que ya nadie podrá cambiar.

La primera vez que leí esas palabras acerca de mí no me sorprendí en absoluto, pues era consciente de que él analizaba cada uno de mis gestos y de mis comentarios. Adam era un hombre extraño, muy callado y observador. Estar con él resultaba incómodo, y, sin embargo, había algo atrayente en su compañía. Nunca se esforzaba por iniciar una conversación ni por seguirla, más bien parecía estar absorto

en sus pensamientos, perdido en sus recuerdos o en sus reflexiones, quizá nostálgico. Yo le preguntaba porque soy de naturaleza curiosa, y entonces él achicaba los ojos levemente, casi de forma imperceptible, y estudiaba mi expresión con mirada penetrante y hostil. Se notaba que era una persona introvertida, más acostumbrado a hablar consigo mismo que con los demás. Las veces que lo hacía sus palabras eran crípticas, como si por descuido o dejadez sólo hubiera expresado la mitad de lo que realmente quería decir.

Es poco habitual en estos tiempos encontrar textos escritos en papel, formato que se abandonó hace casi dos siglos; sin embargo, hay personas que reciclan objetos de celulosa y elaboran una pasta con la que fabrican un papel artesanal, oscuro y áspero, sobre el que escriben con bolígrafos caseros rellenos de tinte capilar o con distintas combinaciones de suero y especias. Según se dice, lo hacen para evitar los rastreos policiales que diariamente se realizan en los terminales informáticos de todo el mundo a través de la Red.

A medida que pasaron los días y seguí mostrándome interesada se volvió un poco más receptivo y hablador; por un instante incluso pensé que en otro tiempo debió de ser eso que llamamos una persona normal. Cada vez que pasaba delante de su habitación le observaba a través de la cristalera sin que se diera cuenta y veía su expresión de tristeza; sin embargo, en presencia de otras personas su gesto ganaba en frialdad y dureza, como si quisiera mantener una apariencia de absoluta convicción respecto a la batalla que estaba librando consigo mismo. En realidad, nunca di crédito a esa entereza suya. He visto muchos enfermos que esperaban la muerte con impaciencia, algunos por hastío, otros por miedo, otros por el simple hecho de dejar de sufrir, pues, por increíble que parezca, a día de hoy la medicina paliativa no ha conseguido evitar el cien por cien de las dolencias.

Desde el descubrimiento de las llamadas “dolencias no localizadas”, cada vez más comunes en los pacientes, los médicos decidieron disminuir los tratamientos estrictamente sintomáticos para comenzar a aplicar tratamiento psiquiátrico. Varios estudios concluyeron que el dolor en nuestra sociedad se había convertido en un tabú, y era tan temido que algunos pacientes, aterrorizados por la idea de sufrir, llegaban a desarrollar cuadros graves de ansiedad, neurosis y otras tantas patologías psicológicas que después, lógicamente, somatizaban, llegando incluso a provocarse enfermedades graves. Pero yo estaba segura de que el caso de Adam no era tal. Nunca tuvimos que sedarle para calmar un ataque violento por su parte, ni presentaba síntomas de somatización por ansiedad, ni nada parecido; creo que lo suyo era pura y simplemente una renuncia meditada, una cobardía, digamos, una rendición que había asumido y que seguramente tuvo su causa en un trauma del pasado. Muchas veces he repasado las páginas de su diario con la esperanza de encontrar una clave que permita vislumbrar la respuesta a esa cuestión, pero jamás mencionó nada personal sobre su vida, y, si lo

hizo, se perdió para siempre en las páginas que no conseguí rescatar. A continuación, transcribo la siguiente anotación del diario de Adam, en la que hace una breve referencia a este tema.

*18 de abril*

*Ayer pude hablar un rato con el joven médico que me atiende. Según me dijo, se siente presionado. Es normal, pues ahora todas las miradas están puestas en nosotros; tal es la expectación que ha levantado mi caso. Me informó de que la metástasis está muy avanzada y ha afectado ya a varios órganos y tejidos. Es un proceso de deterioro veloz, me dice, aunque no irreversible. Sabe que no voy a someterme al tratamiento, pero, a pesar de la claridad con que tantas veces le he expresado esa voluntad, se siente en la obligación de insistir. A veces pienso de qué sería capaz por convencerme. No lo culpo, entiendo que su intención es buena; sin embargo, he vuelto a rechazar su oferta. Soy consciente de la dificultad que supone comprender una decisión como la mía, pero está cargada de sentido, sobre todo en la nueva era que acaba de comenzar. Todo se resume en una sencilla explicación: deseo morir. Estoy en plena posesión de mis facultades mentales y poner fin a mi vida es mi deseo expreso. Lamentablemente a día de hoy sólo quedan dos médicos en activo y ninguno de ellos, por supuesto, accedería a practicar la eutanasia ahora que todos los ojos miran hacia aquí, así que debo resignarme a esperar el curso normal de las cosas. Afortunadamente, según parece, mis padecimientos no se alargarán mucho tiempo. El doctor habla de tres semanas, tal vez un mes. Espero tener valor para aguantar tanto.*

Para quien aún no lo sepa he de recordar que Adam Last fue uno de los impulsores de la investigación que consiguió crear un nuevo tipo de células a partir de lo que en el siglo XXI se conocían como “células madre” y que poseían la información genética necesaria para reproducir cualquier órgano o tejido del cuerpo humano. Comenzaron entonces gran cantidad de tratamientos que obtenían estas células del paciente por diversos métodos (tejido adiposo, cordón umbilical, clonaciones, etc) y la inyectaban en el órgano o tejido dañado favoreciendo su rápida regeneración. Aunque hoy día nos pueda parecer bastante tosco y rudimentario, lo cierto es que constituyó un gran avance médico y despejó el camino a las técnicas de nuestro tiempo, sobre todo al gran descubrimiento de la vacuna contra la degeneración celular. Éste fue el gran logro de Adam. Consiguió sintetizar un compuesto que, añadido a la secuencia genética, no sólo atacaba a las células dañadas por enfermedad, sino que además neutralizaba indefinidamente su envejecimiento. Cuando el compuesto se introduce en un tejido se propaga desde la célula mutante o primigenia hacia el resto de células desencadenando una reacción similar a la de una infección vírica como el sida o a una metástasis cancerosa, pero con el efecto inverso, es decir, restituyendo el tejido en lugar de destruirlo. En definitiva, y, por decirlo con palabras que todos puedan entender, Adam Last inventó la vacuna contra la muerte.

19 de abril

*En el momento en que escribo estas líneas puedo ver cómo llega el primer furgón de los muchos que estacionan cada día frente a la puerta del hospital. Todos ellos pertenecen a cadenas de televisión. Vienen y van cada día, insistentes, con la paciencia de los buitres que planean en círculos alrededor de su presa. Varias veces me han solicitado una entrevista y todas ellas me he negado, no quiero convertirme en su pelele. Pienso que en realidad no desean venir aquí cada mañana, pero les vence el morbo y el miedo a que yo muera sin que uno de sus reporteros cubra la noticia y constate así que, efectivamente, he perdido el juicio y padezco una enfermedad mental. Eso es lo que les gustaría oír, porque sus reducidos cerebros no pueden aceptar la duda, no pueden permitirse el cuestionamiento de la vida que ahora todos defienden a ultranza. ¿Cuándo comenzamos a considerar la vida como una obligación en lugar de un derecho? No puedo recordarlo. La enfermera me ha dicho que algunos han alquilado habitaciones en los edificios cercanos al hospital y que muchos vecinos están ganando un buen dinero con ello. Estas cosas me divierten y al mismo tiempo me atemorizan; no deja de sorprenderme lo que algunas personas son capaces de hacer. El ser humano tiene una excepcional visión de negocio, una destreza proporcional a su falta de ética. Bien lo sé yo, que he logrado desbancar a las mismas religiones. Ahora la medicina es el único dogma y el nuevo imperio mundial, la última gran dictadura de la Historia. Una vez cometí el error de ser ingenuo y pensar que las cosas podían ser de otra manera; ahora me doy cuenta de mi equivocación y siento rabia. El ser humano está condenado.*

Esta es una de las cosas que no consigo comprender. ¿Por qué dice que estamos condenados? Yo creo que es al contrario, que por fin los científicos son capaces de curar todas las enfermedades gracias a la fórmula que Adam inventó. Ahora las personas podemos vivir de manera ilimitada, el tiempo que cada cual decida; gracias a estos avances hoy día sólo muere quien decide morir y esto es una realidad en todos los países que forman las cuatro Uniones del planeta. Es cierto que la nueva ley de regulación de la natalidad es un poco estricta, pero, bien mirado, es una manera de no repetir el problema de superpoblación que originó el Primer y el Segundo Exterminio a mediados del siglo XXII. Además, en las sociedades actuales nadie debería tener mayor impedimento para conseguir un permiso legal de natalidad si reúne las condiciones establecidas en la ley y presenta el formulario de conclusión vital voluntaria de un familiar. Me consta, de hecho, que el número de solicitudes de embarazo desciende exponencialmente, quizás por la falta de apremio ante la expectativa de vida ilimitada o porque el recurso a la descendencia como garantía (ilusión, diría yo) de perpetuidad —tan habitual hasta el siglo pasado— ha sido remplazada por la posibilidad de la perpetuidad real.

Cuando Adam fue trasladado a nuestro hospital tuve sensaciones contradictorias. Una parte de mí estaba intrigada por su personaje y otra parte estaba

furiosa con él por el terrible ejemplo que estaba transmitiendo. Solía creer que su actitud era del todo irresponsable y, desde luego, nada consecuente con lo que su vida había sido hasta la fecha. Al día siguiente de su llegada cuatro pacientes recibieron el alta médica y los cuatro restantes lo hicieron a lo largo de esa semana. Así, el día veinte de abril era el único paciente que quedaba en el hospital, y muy pronto las televisiones difundieron el verdadero alcance de la noticia: a sus cuarenta años, aquejado de un cáncer terminal de colon, Adam Last era el último enfermo de la Historia, y si persistía en su negativa de recibir el tratamiento, se convertiría también en la última persona muerta por enfermedad.

*20 de abril*

*Es formidable la fuerza con que mi cuerpo se obstina hoy en la muerte al igual que ayer lo hizo en la vida. Es una maquinaria imponente y, sin embargo, aún desconocemos en buena parte el funcionamiento de la locomotora cerebral. Comienzo a sospechar que tal vez la muerte como se ha entendido hasta ahora depende en gran medida de una decisión tomada a nivel subconsciente por el propio individuo, aunque esto es sólo una elucubración y no dispongo de tiempo ni de ganas para darle una base argumental. Estos últimos días he sufrido vacíos momentáneos que no puedo explicar ni recordar, pérdidas repentinas del control de los impulsos y fuertes somatizaciones motivadas seguramente por el estrés que me produce este circo mediático. Sospecho que ocurrirá algo inesperado.*

La expectación que suscitó el caso de Adam fue algo indescriptible. La docena de furgones que habitualmente se apostaban frente a la puerta del hospital se había multiplicado por diez y ya no iban y venían, sino que permanecían fijos en sus posiciones, haciendo guardias de día y de noche. Este acoso mediático provocó que Adam se retrajera y se hiciera aún más desconfiado, también conmigo, por supuesto, a pesar de la confianza que conseguimos crear, poco a poco, a lo largo de los últimos diez días. Pero qué se podía esperar de esa situación, cuando el mundo entero permanecía expectante, deseoso de proclamar el éxito de la ciencia. Evidentemente, no dejaba de ser paradójico el hecho de que el último hombre que iba a morir de enfermedad fuera el mismo que hubiese creado su remedio. Se produjeron reacciones a todos los niveles: algunos filósofos fueron invitados a debatir sobre si se debía respetar la decisión de Adam o si, por el contrario, era conveniente preservar su vida por la fuerza. Mientras el debate tenía lugar, las solicitudes de entrevista seguían llegando al hospital en un incesante goteo.

Ese día, una de las veces que me crucé con Adam sucumbí a la curiosidad y me atreví a preguntarle si tenía intención de conceder alguna de aquellas entrevistas y tratar de apaciguar así los ánimos de la gente. No tengo intención de hacer tal cosa —

replicó, ofendido. Entonces hice algo que ni yo misma había previsto: cogí su mano y, sujetándola entre las mías, le miré a los ojos y le supliqué que cediera, que no se dejara morir. Mis dedos estaban junto a las venas de su muñeca y pude sentir cómo se le aceleraba el pulso. Sus pupilas negras brillaban de un modo extraño, temblorosas, y sus labios se apretaron mínimamente, apenas un par de milímetros que escapaban a su voluntad de control. Comprendí que dudaba. Huelga decir que fingió no hacerme el más mínimo caso, pero esa noche, en la soledad de su habitación, escribió una nueva entrada en su diario y, como en ella se evidencia, prestó más interés a mi ruego del que jamás hubiera sospechado.

*21 de abril*

*Las leyes de la buena educación, tal como hoy las concebimos, señalan que el contacto directo entre personas es incómodo y molesto, por tanto evitable en la medida de lo posible. No digo que añore esa sensación, pero cuando esta mañana la enfermera me ha cogido la mano he sentido un repentino impulso de echarme a llorar. Es algo absurdo, derivado seguramente de esta insoportable situación y, sin embargo... Se me hace difícil recordar la última vez que alguien me tocó voluntariamente, más aún la última relación sexual que mantuve con una mujer. Hace siglos ya de aquello, me sorprende que mi mente todavía guarde memoria de ese tiempo. Me pregunto qué le ha impulsado al extremo del contacto epidérmico, pues la tenía por la única persona de este hospital dispuesta a no perderme el respeto. No me he ofendido, sin embargo; a pesar de la brutal vulneración de mi intimidad, hay algo en esa mujer que me inspira confianza. El doctor me ha entregado hoy una nota del exterior: nada menos que veinticuatro peticiones de entrevista. El tono de estos mensajes, hasta ayer de un tono respetuosamente distante, encierra ahora un matiz de amenaza velada; más que peticiones me parecen advertencias. No será por la fuerza como me hagan cambiar de parecer. En cualquier caso, voy a tratar de reflejar mi postura por medio de estas notas para que sean leídas tras mi desaparición.*

*Desde que desarrollé la vacuna y tuvo lugar la Gran Campaña mi vida no ha cambiado sustancialmente; mantuve mi puesto, mi casa, mi status, todo, pero algo cambió en mi interior a un nivel tan profundo que no soy capaz de expresar con palabras. No eché en falta el amor porque nunca lo tuve; la familia tampoco es algo que pueda extrañar; las escasísimas amistades que he cultivado las mantenía y, además, recibí el reconocimiento social de toda la población. Cuánto vacío, sin embargo, detrás de todo aquello. Mi trabajo concluyó satisfactoriamente y la Humanidad obtuvo al fin lo que durante milenios había perseguido sin descanso. Durante los cinco años siguientes al descubrimiento de la vacuna viví una vida vacía, carente de sentido; me encontraba exhausto y desganado, aunque mi alimentación era correcta y hacía ejercicio regularmente. Recibí con gran satisfacción las noticias de curaciones que llegaban desde todos los rincones del planeta, e incluso me desplazé a multitud de hospitales para supervisar personalmente la aplicación del tratamiento. Desde luego no era barato. Tras el exterminio de la población del antiguo continente africano las empresas farmacéuticas se habían visto obligadas*

*a reconducir sus vías de experimentación y yo aproveché esa inercia para recabar su apoyo financiero. No fui capaz de calcular que llegaría el día en que esas sociedades reclamasen su derecho a la obtención de beneficios. Mi vacuna se convirtió en el primer negocio del mundo, desbancando a todos los demás. La gente era capaz de vender todo cuanto tuviera e incluso más con tal de reunir la suma necesaria para obtener la vacuna. Se produjeron asesinatos, robos, estafas y muchos otros delitos por esta razón. Miles de personas murieron o desaparecieron durante los dos primeros años de la Gran Campaña, aunque, desde luego, esta realidad fue sistemáticamente silenciada. Era el trágico final de las diferencias sociales, políticas o económicas; en adelante sólo hubo dos tipos de personas: los vivos y los muertos. Se decretó una orden intergubernamental para interrumpir las «razzias» contra los no vacunados, pero lo cierto es que no hizo falta su aplicación: pocos fueron los que no encontraron la manera de sufragarse la vacuna, y esos perecieron rápidamente bajo la violencia o bajo la presión de los hospitales, que decidieron interrumpir todos los tratamientos médicos convencionales y expulsar a los enfermos que no hubieran solicitado y pagado la vacunación. Me sentí furioso, aunque no culpable. Furioso por no haber sido capaz de prever las consecuencias de mis actos, o tal vez por habérmelas negado íntimamente, obstinado como estaba en la obtención de resultados. Lo que más me sorprendió en los meses siguientes, sin embargo, no fueron las atrocidades que se cometieron —esa es la lamentable dinámica de la Historia humana—, sino el hecho de comprobar la ligereza con que las personas decidían aplicarse el tratamiento, sin ningún tipo de cuestionamiento ético ni el más mínimo atisbo de reflexión sobre lo que esa decisión implicaría para ellos. Ni siquiera los filósofos —que después de los dos Exterminios pasaron a formar parte del sistema político integrándose en los respectivos Parlamentos de las Cuatro Uniones— se habían pronunciado al respecto; quizás detrás de ese silencio se escondieran las amenazas de los grupos de poder. Yo había guardado una dosis en una caja hermética que mantenía refrigerada a la temperatura adecuada para su conservación, y durante cinco años deliberé sobre la conveniencia de inyectarme la vacuna, procurando sopesar juiciosamente cada una de las ventajas y de los inconvenientes. Nunca hasta ese momento se me había ocurrido plantearme mi existencia a un nivel semejante. Y entonces, una fría mañana de febrero, al mirarme en el espejo para lavarme los dientes descubrí la primera mancha en mi piel. “Cáncer fulminante” fue el escueto diagnóstico médico. Volví a casa, abrí la caja hermética y me dispuse a inyectarme la solución, pero algo me detuvo; no sabría decir qué fue. Permanecí varios minutos con la aguja en la mano y el émbolo cargado. Lo miraba fijamente, inmóvil, ensimismado. No recuerdo los pensamientos que entonces me asaltaron, sólo la sensación de haber llegado a una profunda certidumbre: prefería morir. El significado de la propia destrucción es un concepto difícil de procesar desde la racionalidad, pero no es algo ajeno al ser humano. Siempre ha habido personas capaces de cruzar ese umbral por la razón que fuera, la diferencia es que ellos jamás tuvieron en sus manos la opción que yo tenía. Aun así mi convencimiento era pleno, y a día de hoy lo sigue siendo. Reconozco, a pesar de todo, que la tentación es dolorosamente insoportable, hasta el punto de que una parte de mí —una parte irracional, subconsciente— se rebela y*

El resto de la anotación está borrada. Al contacto con algún líquido, la tinta se ha corrido hasta formar una mancha azul que ocupa el resto de la página. Faltan asimismo las entradas de los cinco días siguientes, lo que, a mi modo de ver, supone una pérdida de incalculable valor, pues es legítimo pensar que en ellas se desarrollaba en profundidad el planteamiento ético de Adam. Las entradas siguientes vuelven a recuperar el tono frío y distanciado de las primeras y son cada vez más escuetas.

En los cinco días que faltan en el diario no sucedió nada fuera de lo habitual, a excepción de que el personal del hospital se redujo a sólo dos personas: el médico de Adam y yo. En tanto que el Parlamento de la Unión y el comité de filósofos discutían la posibilidad de derogar la Ley de auxilio médico —que otorga a los individuos mentalmente sanos el derecho a renunciar al tratamiento médico en casos de enfermedad irreversible—, el gobierno decidió montar un cordón policial de seguridad en previsión de posibles altercados con los medios de comunicación, grupos de presión y curiosos de todo tipo que se aglomeraban en las inmediaciones del hospital. La gente estaba cada vez más nerviosa. El clima de violencia podía percibirse desde el interior del hospital. Reconozco que fueron días de mucha tensión y que más de una vez llegué a sentir verdadero miedo a la reacción de la muchedumbre; tal era el ambiente de exasperación reinante.

*27 de abril*

*Comienzo a estar demasiado débil, tanto que he tenido que pedirle una cuña a la enfermera. No sé por qué he sentido una gran vergüenza al hacerlo. En este momento la enfermera que me atiende es mi bocanada diaria de humanidad: me cambia la sábana, me trae la comida, me da conversación, me dirige palabras de ánimo... Sé que su preocupación es sincera, aunque también sé que no entiende por qué he decidido dejarme morir. Ha sido muy cuidadosa al indicarme cómo se ha de colocar la cuña y se ha esforzado por no hacer esto más humillante para mí; después, sin pedírselo, ha regresado con un cuenco de agua, espuma de afeitar, una cuchilla y un espejo. Yo siempre me afeito con máquina, pero no se lo he dicho y he dejado que hiciera libremente. Apenas hemos hablado. Mientras me afeitaba la he observado con disimulo por el pequeño espejo de mano: la piel es blanquecina, el cuello estrecho, la barbilla apenas pronunciada... Tiene labios finos y nariz respingona, cabello castaño, orejas pequeñas y mirada atrevida. Parecía tan concentrada en su trabajo que por momentos me han entrado ganas de reír. ¿De qué sirve asear a un hombre que ya está muerto? No sé por qué lo ha hecho, pero le he dado las gracias. Ha sido un momento especial. Sus manos son cálidas y suaves.*

No podría precisar cuántas veces he releído esta entrada. Incluso ahora, después de algunos años, no puedo evitar emocionarme con el recuerdo de aquel día. Cierro los ojos y me transporto a ese momento preciso en que la hoja de la cuchilla

acaricia la piel endurecida de su mejilla y produce un áspero rasgueo. Es cierto que me dio las gracias, pero él sabía muy bien por qué lo hice. Quizás no quiso confesárselo ni siquiera a sí mismo en la intimidad de su diario, pero sé que entonces él ya era consciente de lo que yo sentía. Cuando terminé de asearle, coloqué los enseres en la bandeja y me dispuse a salir de la habitación, pero entonces me retuvo asiéndome del brazo. Me arrebató el espejo de mano y me miró a los ojos esbozando una débil sonrisa. Dudé. La posesión de objetos cortantes infringía gravemente las normas de seguridad del hospital y podría haberme acarreado serios problemas. Él también lo sabía. Puedes estar tranquila, dijo, no tengo intención de arruinar tu carrera. Salí de la habitación y dejé pasar las horas en mi puesto de guardia, silenciosa, pensativa, mientras le observaba por el monitor de la cámara de vigilancia. No sé cuánto tiempo pasó mirándose en aquel diminuto espejo, ni cuánto pasé yo observándolo a él. Fueron horas de extrañeza, y, aunque cumplí meticulosamente el resto de mis obligaciones del día, no conseguí reunir el valor suficiente para volver a dirigirle la palabra.

*28 de abril*

*He reflexionado acerca de las anotaciones de estos días pasados. Hay una idea que no he reflejado con suficiente claridad. He pensado en ello a raíz de la experiencia de ayer, de observarme detenidamente frente al espejo; también, en buena medida, gracias a los cuidados que me procuró la enfermera. Durante toda la tarde de ayer y el día de hoy he albergado serias dudas acerca de mi decisión de no luchar contra la enfermedad. La duda es implacable. Finalmente, he llegado a la conclusión de que quiero seguir adelante con mi decisión. Es terriblemente duro hacerse consciente de que todo ha de tener un final, pero cuanto más pienso en ello más necesario me parece. ¿Qué más da si es hoy o mañana si me he esforzado en exprimir el tiempo que me ha sido dado y saborear la vida? Hoy más que nunca, ante la nueva expectativa que se ofrece, me preocupa que las personas no reparen en esto, que no sean conscientes de que ellos mismos deberán asumir cuándo llegará su final y que esa es, tal vez, la mayor responsabilidad y la más terrible condena que pueda experimentar el ser humano. ¿Quién podrá discurrir fríamente y asumir esa tarea? ¿Qué nuevos grados de locura se iniciarán a partir de ello? Por mi parte, no sé si sería capaz de obrar en ese sentido con inteligencia.*

*29 de abril*

*¿Cómo será el amor en esta nueva sociedad perenne? Sólo puedo imaginarlo, pero me siento afortunado a pesar de todo. Cuando la enfermera ha entrado esta mañana con el desayuno le he pedido el favor de que volviera a afeitarme del mismo modo que lo hizo anteayer. No estaba seguro de que fuera a aceptar, pero entonces ella me ha sonreído y por un instante he pensado que deseaba que yo se lo pidiera. Le he preguntado su nombre: se llama Èlene.*

El día siguiente, 30 de abril, no figura en el diario. No es que falte la página como sucede otras veces, sencillamente es que Adam prefirió guardar silencio. Muchas veces he pensado en ello y sólo hoy, ahora, me atrevo a confesarlo. Aquella tarde, como era habitual, el doctor hizo su visita de rutina y se marchó a su despacho. Eran aproximadamente las siete de la tarde y Adam llevaba un rato leyendo en su habitación. Había estado observándole por el monitor de control y súbitamente sentí la necesidad de hablarle. Desconecté el circuito de grabación de la cámara de vigilancia y apagué el monitor del puesto de control. Después me dirigí a su encuentro. Sonrió al verme entrar y me pareció que tenía mejor aspecto. Cogí una silla y me senté a su lado. Estaba nerviosa. Él lo notó y me preguntó si sucedía algo malo. Le dije que no, que sólo se trataba de algo que llevaba unos días rondándome la cabeza y que no me atrevía a decir. Se incorporó en la camilla y dejó a un lado el libro que estaba leyendo. Tomó mi mano entre las suyas. A pesar del gesto cansado, conservaba una mirada vivaz. Tenía los ojos de color azul oscuro, como un cielo levemente anochecido. Sus cejas eran poco pobladas y simétricas, del mismo tono claro que el cabello, cuya extensión le alcanzaba los hombros. Me miró con ternura y me dijo que podía hablar libremente. Y lo hice. Todavía hoy siento vergüenza cada vez que pienso en ello. Me acerqué a él lentamente y posé mis labios en los suyos. Aún persistía en su piel el aroma a loción de afeitar. Inmediatamente sentí su mano en mi cintura y me dejé caer hacia el centro de la camilla suavemente. Él devolvía mis besos con apremio. Sentí que ambos respirábamos con creciente agitación y en adelante me dejé llevar, arrastrada por una inercia que era a la vez odio y deseo.

Cuando regresé a mi puesto tardé en decidirme a conectar la cámara de nuevo. Adam estaba sentado en la camilla, con su diario colocado en el regazo y el bolígrafo en la mano. Miraba fijamente la página, pero no se movía, no escribía nada. Quizás creyera que si alguien leía su diario yo podría verme afectada por algún tipo de represalia o quizá es que simplemente no había nada más que añadir. Tal vez yo misma habría actuado de otra manera de haber sabido lo que estaba a punto de suceder.

La tarde del día siguiente Adam sufrió una recaída y su situación se agravó. El médico le repitió algunas pruebas y le ofreció un nuevo diagnóstico: cuarenta y ocho horas. Transcurrido ese tiempo todo se habría acabado. Como había estado haciendo los últimos días trató de convencerle de que aceptara el tratamiento, pero ya no había entusiasmo ni esperanza en sus palabras. Y nuevamente Adam se negó. El doctor salió de la habitación y durante largo rato traté de convencer a Adam de que accediera y procuré argumentar las razones que me parecían más lógicas, las cuales, por otra parte, no distaban mucho de la opinión de la mayoría que seguía el proceso desde fuera.

Adam era demasiado importante como para perderle. Se le consideraba un salvador, el padre de la nueva sociedad que habíamos iniciado. La gente percibía su

muerte como una crueldad innecesaria, una injusticia y nos rebelábamos contra ello, pues era impensable que el descubridor de la vacuna no hiciera uso de ella. Ni siquiera se paraban a escuchar sus razones, sencillamente porque no podían aceptar que hubiera ninguna. ¿Por qué renunciar a la propia salvación? La respuesta a esa pregunta era demasiado enrevesada siquiera para contemplar su posibilidad. Era algo absurdo, contradictorio, algo que atentaba contra la aspiración de toda la raza humana y su historia a lo largo de los tiempos. Por esa razón, muchos se empeñaron en decir que Adam sufría algún tipo de enajenación mental transitoria y que era necesario actuar sin demora para evitar que se dejara morir.

Esa tarde se produjo un intento de ocupación del hospital por parte de la muchedumbre aglomerada frente al mismo. Las Fuerzas de Orden habían acordonado el recinto e instalado alambradas para impedir los asaltos; de esa forma, y gracias también al uso de la fuerza, pudieron reducir a los incontrolados y mantener la situación por un tiempo. Aquello sólo contribuyó a calentar aún más los ánimos. Nadie, sin embargo, se atrevió a repetir el intento hasta el día siguiente. Toda la gente allí reunida estaba, por supuesto, vacunada, y, por tanto, no temían que los golpes de la Policía les ocasionasen lesiones o heridas —pues éstas sanarían rápidamente—, pero sí tenían verdadero pavor al dolor físico y psíquico y, sobre todo, a la llamada Disposición Número Uno, la primera de las concesiones que el Parlamento había hecho a las Fuerzas de Orden para reprimir sublevaciones y protestas, la cual cedía pleno derecho a la Policía de la Unión para detener y privar de libertad a cualquier persona sin procedimiento judicial y por tiempo indefinido. Se trataba de una antigua ley rescatada del código penal del siglo XXI, que había sido derogada en 2153 y vuelta a aprobar cincuenta años después. Estas eran las medidas que adoptaban las Fuerzas de Orden para mantener el control sobre la masa: dolor y reclusión. De otro modo hubiera sido imposible preservar la sociedad tal como aún hoy la conocemos.

A pesar de mi súplica, Adam no cedió un ápice en su decisión. Días más tarde, tras meditar sobre aquellos sucesos, comprendí que todos y cada uno de los reproches dirigidos contra él, todas y cada una de las protestas multitudinarias organizadas a las puertas del hospital y otras tantas retransmitidas por los medios, todos los gritos que se lanzaban contra él acusándole de loco, todas las amenazas y toda la maquinaria política y legal que se puso en marcha para impedir su muerte no habían hecho más que reafirmarle en su postura. De alguna manera, todo aquello le daba la razón.

*1 de mayo*

*Intentan tomar el hospital por asalto, se lanzan sobre la alambrada tratando de escalarla. Puedo escuchar sus gritos e insultos a través del cristal de la ventana. Muchos me señalan. Intentan convencer a los agentes policiales para que les dejen cruzar la empalizada. Me tachan de demente, pero ¿quién está en verdad más perturbado? ¿Qué clase de seres humanos*

*confirma esa horda? He vuelto a sentir un vacío inexplicable. No ha sido un lapsus, ni un desmayo, ni nada parecido. No sabría describirlo más que como una especie de desconexión cerebral consciente, como si operase a mandato de la voluntad. Élene me dejó esta mañana algunos ansiolíticos y también calmantes, pero no los he tomado. No quiero dejar de sentir mi cuerpo, a pesar de lo que pueda suceder; no quiero perder la conciencia de mí mismo. Siento crecer en mi interior el ansia de rebeldía, pero he perdido las fuerzas y estoy exhausto. ¿Qué puedo hacer?*

*2 de mayo*

*Hoy escribo de mañana ante la sospecha de que el tiempo se agota. Me siento tan debilitado que apenas puedo levantarme de la cama. Élene acaba de irse. Me ha comunicado la decisión del Parlamento y el comité de filósofos de derogar la Ley de auxilio médico. Pronto vendrán a por mí y me obligarán a someterme. ¿Por qué es tan lento este desgaste? ¿Por qué no sobreviene la muerte como un rapto? He pensado en el suicidio, en romper el pequeño espejo y abrirme las venas, pero no es así como quiero que suceda; además, no dispondría del tiempo necesario antes de que Élene llegase a la habitación, y estoy seguro de que viéndose forzada por las circunstancias optaría por inyectarme la vacuna sin más dilación. Y no existe otra posibilidad, la habitación está acondicionada para evitar este tipo de extremos. Por otro lado, Élene no tendría demasiadas posibilidades de ayudarme a hacerlo en caso de que yo se lo pidiera y ella aceptara. No quiero comprometerla. Mi intención era darle este diario al médico antes de morir, pero ya no puedo confiar en nadie. ¿Ni siquiera en Élene? No, en ella tampoco, aunque me pese. Esto que ahora comienza no es ya el mundo de los humanos.*

La mañana del dos de mayo, alrededor del mediodía, los medios de comunicación se hicieron eco de la decisión que acababa de tomar el Parlamento de la Unión unos minutos antes. Por votación unánime se derogaba la Ley de auxilio médico y se decidía vacunar a Adam, internándolo después en el nuevo Centro de Equilibrio Emocional, inaugurado por el alcalde esa misma semana, con orden de no dejarle ir hasta que hubiera recuperado la sensatez. En cuanto la noticia llegó a oídos de la gente que permanecía a las puertas del hospital cundió el pánico, pues se extendió el rumor de que Adam trataría de suicidarse con la ayuda del personal médico. Minutos después, el doctor S., quien había atendido a Adam personalmente desde su llegada al hospital, entró en la habitación y se despidió de su paciente con un apretón de manos tras haberle deseado buena suerte. Era un hombre pacífico, un buen ciudadano, y no quería verse involucrado en aquellos acontecimientos, al menos eso fue lo que le dijo a Adam. Mi opinión, sin embargo, es que prefirió no darle la oportunidad de solicitar la eutanasia y verse así implicado en un proceso que podía acarrearle graves consecuencias si llegaba a hacerse público. Simplemente se quitó de en medio.

Afuera, la gente comenzó a gritar exigiendo la entrada con el argumento de que era imperativo evitar que Adam acabara voluntariamente con su vida. Yo fui a hablar con él, pero no conseguí arrancarle una sola palabra, ni siquiera llamar su atención. Miraba por la ventana ensimismado, sin expresión, con los ojos abiertos y las pupilas en blanco. Era como si no estuviera allí, y hubiera jurado que así era. Si no le hubiera visto sostener su propio peso habría jurado que ya estaba muerto. Sonó mi localizador y contesté con voz trémula. Las órdenes fueron claras: evitar a toda costa que el paciente se autoconcluyese y disponer lo necesario para su traslado. ¿Debo vacunarle?, pregunté. La respuesta fue afirmativa. Entonces me di cuenta de que Adam se había girado y que me miraba fijamente. Había recuperado la expresión y parecía afligido. Se sentó en la camilla y aguardó mi reacción, consciente de que si me decidía a obedecer y trataba de inyectarle la vacuna no tendría fuerzas suficientes para resistirse. Me acerqué despacio y con un gesto delicado le acaricié el cabello. No voy a hacerlo, le dije, no puedo. Alzó la mirada y levantó la mano para alcanzar la mía. Dejé que la tomara y un escalofrío me sacudió la espalda. Su piel estaba fría y pude sentir su debilidad. Esa fue la única vez que vi a Adam llorar. Sacó su diario, anotó una entrada breve y, tras cerrarlo, me lo entregó.

Media hora después de la huida del médico se produjo un segundo asalto a la empalizada. Esta vez fue mucho más violenta y los agentes de las Fuerzas de Orden tuvieron serios problemas para contenerla. Se emplearon a fondo, según dijeron después sus responsables, y cuando no vieron otra salida abrieron fuego. Sin embargo, eso no detuvo a los cientos de personas que pretendían invadir el hospital. A los pocos minutos llegaron varias unidades del Grupo Especial de Choque —destinado a la represión de actos violentos—, y se sumaron al dispositivo, pero tampoco bastó para frenar el avance de los asaltantes. Varios helicópteros de prevención de incendios aparecieron entonces como salidos de la nada y dejaron caer sobre la muchedumbre una nube de polvo blanco. Los que estaban fuera sucumbieron al efecto tóxico del gas y cayeron al suelo paralizados, pero buena parte de ellos ya había alcanzado el interior del recinto y se les podía oír escaleras arriba, destrozándolo todo a su paso. Tuve mucho miedo y tardé algún tiempo en reaccionar. Cuando al fin me decidí, dejé a Adam en su habitación con la indicación de que no saliera bajo ningún concepto. Guardé el diario en el bolsillo de mi bata y me apresuré hacia la entrada de la planta para atrancar todas las puertas y ascensores. Arrastré una mesa hasta la puerta para impedir que pudiera ser abierta y amontoné encima varias sillas para hacerla más pesada, pero no fue suficiente. Con la primera embestida sentí un nuevo escalofrío. Hice presión contra la puerta, que, instantes después cedió con un estruendo metálico ante el empuje simultáneo de una docena de hombres y mujeres. Recuerdo que caí de espaldas al suelo mientras varias de esas personas me pasaban por encima. Me protegí la cabeza con los brazos, pero pude distinguir algunos de los rostros, cuya expresión estaba desencajada y encendida de cólera. Comencé a gritar y a lanzar insultos

sintiéndome cada vez más impotente, pero nadie reparó en mí. Me levanté y traté de alcanzar la habitación de Adam. Algo me había golpeado la pierna y apenas podía moverla. Fue entonces cuando escuche el ruido de cristales y, acto seguido, un zumbido de hélices que parecía venir del interior del edificio. Comprendí que se trataba de un helicóptero de las Fuerzas de Choque. Instintivamente, palpé el bolsillo de la bata en busca del diario, pero ya no estaba. Comencé a buscarlo, desesperada. Las luces se apagaron de repente y sólo quedaron las de emergencia. Escuché disparos, entonces un pensamiento se apoderó de mí: debía apartarme del pasillo. Gateé de rodillas palpando con las manos en busca del diario. El suelo estaba frío. Apenas tenía visibilidad y cada ruido que escuchaba a mi alrededor me sobresaltaba. Apoyé la mano sobre una superficie áspera y rugosa. Comprendí que era una hoja del diario. La recogí y seguí palpando alrededor. De pronto una cortina de humo blanco cubrió la entrada de la habitación de Adam. Acto seguido, la muchedumbre salió precipitadamente y corrió de nuevo hacia mí. Pude distinguir varias siluetas con uniformes y mascarillas antigás, armadas con fusiles. Ya no me quedaba tiempo. Palpé el suelo frenéticamente a uno y otro lado y entonces lo encontré. Me di cuenta de que estaba abierto y algunas páginas se habían desprendido de su precaria costura, pero no tuve tiempo de más. Tomé el grueso del cuadernillo y me puse en pie apoyándome en la pared; alcancé la escalera y bajé lo más rápido que pude, temiendo que el tropel de gente me alcanzara. Cuando al fin llegué a la puerta del hospital escondí el cuaderno entre mis ropas y alcé las manos. Varios agentes me apuntaron, pero llevaba la bata blanca y rápidamente fui escoltada hasta un lugar seguro. Nadie me registró.

Tal como se había dispuesto en la resolución parlamentaria, Adam fue vacunado e internado en el pabellón de aislamiento del Centro de Equilibrio Emocional. A menudo pienso en qué habría escrito en su diario durante esos días si hubiera tenido la posibilidad de hacerlo. Apenas unos días después comenzó mi juicio. Me enfrentaba a una condena por desobediencia grave a la Autoridad y por ofrecer ayuda a un enfermo para la comisión del delito de autoconclusión. Era evidente que buscaban una cabeza de turco para poder ofrecer a la gente una explicación satisfactoria. Fui, por ello, sometida a exploración física y mental y presionada por el mismo Tribunal para que me declarase culpable, pero no lo hice. Algunas personas iniciaron una campaña de apoyo en mi favor y consiguieron centrar la atención en las irregularidades del proceso. Sólo habían conseguido demostrar que había mantenido contacto sexual con el paciente, así que fui inhabilitada para ejercer mi profesión por un periodo de 300 años y la prohibición, con carácter vitalicio, de ejercer en los nuevos centros administrados por el gobierno, lo que, a todos los efectos, suponía el fin de mi carrera. La causa por desobediencia fue retrasada y se ordenó mi reclusión provisional hasta que se celebrase un nuevo juicio, lo que sucedió dos meses después. Mi situación mejoró gracias a la declaración del doctor S., quien aseguró que las vacunas estaban guardadas en el refrigerador de hidrógeno y que él había abandonado

el hospital llevándose la única tarjeta de acceso disponible, por lo que yo no hubiera podido cumplir la orden, en cualquier caso. Finalmente, el juicio terminó y fui absuelta. No puedo expresar el alivio que sentí al comprobar que la pesadilla terminaba; sin embargo, una parte de mí seguía pensando en Adam, en lo que debía de estar pasando. Varias veces solicité una visita en el centro, pero todas ellas me fueron denegadas y, poco a poco, perdí la esperanza. Lo que sucedió después fue algo absolutamente imprevisible.

Habían transcurrido casi tres meses desde la reclusión de Adam y ya por fin los ánimos comenzaban a calmarse tras noventa días de continuo bombardeo de noticias, informes médicos, hipótesis, especulaciones y rumores de toda índole. El ambiente en las calles recuperó cierta normalidad y los informativos comenzaron a ocuparse también de otros asuntos. Entonces se disparó la alarma.

El primer día de agosto, cuando la mitad de los trabajadores se disponía a comenzar la quincena de descanso obligatorio, la noticia de la muerte de Adam corrió como la pólvora y volvió a encender los ánimos violentamente. Nadie podía explicarse aquello. Yo misma no podía creerlo. ¿Cómo era posible? Nuevos rumores comenzaron a extenderse por todas partes, rumores que hablaban de experimentos secretos y conspiraciones para hallar un fármaco que pudiera contrarrestar el efecto de la vacuna y permitiera a los gobiernos un control total sobre la población. La gente se puso nerviosa y se lanzó a protagonizar revueltas que fueron duramente reprimidas. Muchas personas sufrieron reclusión por ello. Yo, por mi parte, nunca di crédito a las habladurías; sabía que era algo mucho más sencillo, algo que, de una manera que no podía precisar, debía guardar una íntima relación con Adam. Y, en efecto, así fue.

Algún empleado del Centro de Equilibrio Emocional filtró la noticia a los medios y ésta trascendió rápidamente: Adam Last se había autoconcluido. De nuevo comenzó un exaltado debate. ¿Cómo era posible el suicidio en una persona vacunada, vigilada y privada de cualquier arma u objeto cortante? Desde el punto de vista físico no tenía explicación, pero, como ya apuntaba Adam en su diario, la ciencia médica aún hoy desconoce buena parte del funcionamiento del cerebro y a menudo se subestima su capacidad. Durante años las Autoridades impusieron el silencio sobre la muerte de Adam Last y sofocaron duramente cualquier intento de esclarecer los hechos. Ahora, en el presente año 2213, cinco años después de aquellos sucesos, la tragedia asola la red de centros de equilibrio emocional con una oleada de súbitas muertes de reclusos. La Autoridad se ha visto en la imposibilidad de ocultar estos hechos por más tiempo. Yo y otras muchas personas hemos iniciado una campaña contra la aplicación de los llamados tratamientos de dolor y también contra estos centros de reclusión que se han convertido en verdaderas fábricas de muertos. El término clínico para esta nueva reacción se ha dado en conocer como “interrupción

cerebral voluntaria”, todo un eufemismo tras el cual se esconde el hallazgo del oscuro límite del tormento, un punto en el que, según fuentes médicas, el organismo colapsa ante la imposibilidad de soportar el dolor y entra en autólisis.

Cada noche, al acostarme, vuelve a mi mente la imagen de Adam sentado en la cama, indefenso ante la presión y el acoso a los que estaba sometido. Me hubiera gustado poder verle una vez más. Decirle que tenía razón. Su caso no deja de ser significativo: el creador de la vacuna no pasará a la Historia como la última persona enferma que sana, sino como la primera persona sana que muere.

La última anotación que Adam hizo en el diario momentos antes de confiármelo fue una sencilla frase de esperanza y una nota de agradecimiento. Quizá en un desesperado arrebato de ironía firmó sólo con su nombre, seguramente en previsión de lo que más tarde iba a suceder.

*Siempre hay un camino para la libertad. Gracias por todo.*

*Adam.*